

OBRAS DE EMILIA PARDO BAZÁN

NOVELAS

PASCUAL LÓPEZ, 3.^a edición, un volumen.
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.^a edición, un vol.
LA TRIBUNA, un vol.
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.
INSOLACIÓN y MORRIÑA, un vol, 3,50 pesetas.
UNA CRISTIANA, un vol.
LA PRUEBA, un vol.
LA PIEDRA ANGULAR, un vol. (3 ptas.)
LOS PAZOS DE ULLOA, 2.^a edición, un vol. (3 ptas.)
LA MADRE NATURALEZA, 2.^a edición, un vol. (3,50 ptas.)
CUENTOS DE MARINEDA, un vol. (3 ptas.)

CRÍTICA É HISTORIA

SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.^a edición, dos volúmenes.
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.^a edición, un vol. (3 ptas.)
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.^a edición, un vol. (5 ptas.)
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 ptas.)
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA. (Agotada.)
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.)
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO.
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. (Biografía.)
LOS FRANCISCANOS Y COLÓN.
POLÉMICAS Y ESTUDIOS LITERARIOS, un vol. (3 ptas.)

EN PRENSA

LA TRIBUNA, 2.^a edición, un volumen.

VIAJES

MI ROMERÍA, un vol. (2,50 ptas.)
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

POESÍA

JAIME (poema), un vol. (Agotada.)

NUEVO

TEATRO CRITICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

Año II. NOVIEMBRE, 1892. Núm. 23

SUMARIO

- I.—CASUÍSTICA (CUENTO).
- II.—DON FRANCISCO DE QUEVEDO, CON OCASIÓN DE UN LIBRO RECIENTE.
- III.—MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.—NECROLOGÍA.
- IV.—MANTILLAS Y SOMBREROS.
- V.—CRÓNICA LITERARIA.
- VI.—ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.

ADMINISTRACIÓN

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL
MADRID

—
ES PROPIEDAD
—

AGUSTÍN AVRIAL.—Imp. de la Comp. de Impresores y Libreros,
San Bernardo, núm. 92.—Teléfono núm. 3.074.



CASUÍSTICA

NI los años ni los corrimientos habían ofendido demasiado la hermosura de Doña Petra Regalado Sanz, á quien conocía por *Regaladita* la buena sociedad de Marineda. De un cabello negro como la pez, aún quedaban abundantes residuos entrecanos, peinados con arte en sortijillas; de un buen talle y de unas lozanas carnes trigueñas, una persona ya ajamonada y repolluda, pero muy tratable, como dicen los clásicos; de unos ojuelos vivos y flechadores, *algo* que aún podía llamarse fuego y lumbre; de unas manitas cucas, otras amorcilladas, pero hoyosas y tersas como rasolís. Con tales gracias y prendas, no cabe duda que *Regaladita* estaba todavía capaz de dar un

buen rato al diablo y muchísimas desazones al ángel custodio: por fortuna (apre-surémonos á declararlo, no le ocurra al lector sospechar de la honestidad de nuestra heroína) *Regaladita* no pensaba en tal cosa, sino muy al contrario, como veremos, y con altísimos y cristianos pensares.

Era viuda, de marido que por vivir poco no molestó en extremo, aunque sí lo bastante para que *Regaladita* le cobrase cierto asquillo á la santa coyunda, y se propusiese no reincidir. Gozaba una rentita modesta en papel del Estado, suficiente para el desahogo de una señora "pelada", como ella decía. Cortaba el cupón apaciblemente, y ni la apuraban malas cosechas, ni emigraciones, ni desalquilos, ni impuestos, ni litigios, ni otros inconvenientes que traen á mal traer á los propietarios de fincas rústicas y urbanas. En cambio, las alteraciones del orden público y de la paz europea solían causarle jaquecas y flato. Cuando sus amigas veían á *Regaladita* con ruedas de patata en las

sienes, ya se sabe: echaban la culpa á Ruiz Zorrilla ó al emperador de Alemania.

Mas no por esto se crea que la vida de *Regaladita* se deslizaba como manso arroyuelo, exenta de cuidados y de aspiraciones y de poéticas nostalgias. ¡Ah, eso no! *Regaladita* no se daba por contenta con su *pasar* decoroso, su vivienda abrigada como un nido, sus buenas relaciones y sus frecuentes goces de vanidad al verse más conservada que manzana en frutero. *Regaladita*, allá en lo más recóndito de su corazón, acariciaba un sueño, sueño ambicioso, inverosímil... ¡Nada menos que el de llegar á Santa!... ¡Santa, á estas alturas!

Penitente asidua del Padre Incienso, todos los sábados, al arrodillarse al pié de la rejilla, manifestaba *Regaladita* á su confesor firmes y ardientes propósitos de avanzar por el camino de la perfección espiritual, y de tratar rigurosamente al asno, ó sea al cuerpo antojadizo y goloso. Entiendan, señores, por Dios, que los

antojos del asno de *Regaladita* no eran antojos de esos que abochornan. La idea de ciertos feísimos pecados ni cruzaba por su mente. Las tentaciones de sensualidad que *Regaladita* combatía con amazónico denuedo, tenían por causa algún plato sabroso, algún sorbo de rancio Jerez, paladeado con morosa delectación, algún abrigo "pintado," que su dueña miraba de frente y de espalda, combinando dos espejos con pueril coquetería, algún par de guantes superfluo, cuyo importe estaría mejor empleado en bonos de la Sociedad de San Vicente, alguna butaca mullida en que se arrellanaba con sobrado gusto para que fuese inocente la complacencia.

El Padre Incienso, jesuíta avisado y perito en achaque de escrúpulos y conatos de santidad, sonreía con indulgencia, allá para su sotana, siempre que *Regaladita*, con harto sobrealiento por lo incómodo de la postura, le confiaba sus ardientes anhelos de "padecer ó morir."

"Muy fondona y acolchada estás tú

para echarla de ascética,"—pensaba el discreto confesor, calmando, lo mejor que sabía, por medio de exhortaciones llenas de profunda sensatez, aquel místico afán.—"Vamos á ver, ¿por qué se me aflige V. tanto? ¿Porque en casa de Veniales repitió de la perdiz estofada y se chupó los dedos? ¡Valiente pecado, hija!... Le voy á poner á V. de penitencia que se coma una patita más para otra vez... ¿Pero cómo le he de decir á V. que la acción de comer es de suyo indiferente, y hasta loable cuando tiende á reparar las fuerzas y á conservar la salud?..."

No se daba por convencida la pecadora, y escarbando más y más en la conciencia, sacaba otras faltillas que, á fuerza de argucia, disfrazaba de gravísimas infracciones á la ley de Dios.

—No diga V., Padre: es V. demasiado bueno; yo soy terrible, porque no hago sino disparates. El vestido que compré ayer cuesta á cinco pesetas la vara, y en la tienda había telas que aparentaban lo mismo y sólo costaban á tres y media.

Pude ahorrarme eso... para los pobres.
¡Ya ve V. si hice mal!

—No, hija—contestaba el Padre Incienso sin alterarse. —No hizo V. mal; la tela que ha comprado será de más duración, y también más conforme á su posición de V. en el mundo. Son motivos atendibles. No ha de andar V. metida en un saco.

—Padre—murmuraba otras veces la devota—ha de saber que anteanoche, en casa de la marquesa de Veniales, se bailó vals, y el Secretario del Gobierno civil resbaló y fué á dar de narices contra el biombo. Las muchachas se rieron, pero yo me reía más que todas...

—¿De manera que el interesado lo oyese?

—Yo no sé si lo oiría...

—No me parece caritativo, y bueno será que V. se contenga para no ofender ni herir á nadie; sin embargo, tampoco veo ahí motivo para desconsolarse é hipar ahora...

—Sí, señor, que lo hay... Porque ya sabe V. que quiero ser mejor todos los

días, y que no viviré tranquila hasta que llegue á conseguir...

—¿A conseguir... qué?

—Lo que han conseguido otras—contestaba *Regaladita* bajando los ojos ante la mirada perspicaz y un poquitillo irónica del Padre.

—Hija mía—advertía éste sin descomponerse y en tono melifluo—ya le he dicho á V. que eso es... ambicionar demasiado, y ociosidades; dispéñeme V. la expresión. Conténtese con ser lo que ya está siendo: una buena señora, que vive cristianamente, sin ofender á Dios en cuestiones de esas que... que le ofenden muchísimo, aunque las pueda absolver este tribunal, como V. sabe. Yo no la considero á V. perfecta, y, sin embargo, sólo le pido que se vaya sosteniendo como hasta aquí, ó un poquito más, pero sin esos píos de santidades. Créame V. á mí, que yo la conozco. Recuerde V., hija mía, lo que se cuenta de las santas, y cómo vivieron y lo que tuvieron que hacer para alcanzar la santidad dichosa. Ayunos, cilicios,

mortificaciones de todas clases, penitencias durísimas. ¡Si V. se impusiese un día nada más lo que ellas se imponían á diario, enfermaría V. de peligro: no lo dude! Representese V. lo que es llevar á raíz de la carne un cinturón con púas de hierro; piense en un mendrugo de pan añejo aderezado con ceniza; imagínese una noche en oración, de rodillas y con los brazos en cruz; suponga por cama una tarima, y por cabezal un guijarro.

Regaladita se estremecía al escuchar tan terrorífica pintura; parecía sentir en las costillas y en los muslos mordeduras de férreos garfios, y en el paladar sabor á ceniza y á berzas sin sal ni otro condimento. Una voz burlona susurraba á su oído: "¡Atrévete, cobarde, comodona, golosa; atrévete con esos pinchos y esas camas de piedra!" Y compungida y casi con ganas de hacer pucheros, balbució: —¡Quién sabe, Padre! Tal vez sirviese yo para todo eso y mucho más... V. no me permite nunca que ensaye... ¡No quiere V. que gane coronas en el cielo!...

—¡No, hija, por Dios! Si yo no se lo prohibo á V.—dijo el Padre con socarromería dulcísima.—Puesto que siente V. tales fervores, no ha de ser su confesor quien la desanime: nada de eso. Le recomiendo, sí, la prudencia... pero no me opongo; ¡qué me había de oponer! ¿Desea V. imitar á los santos? Pues enhorabuena, hija; yo la aprobaré, yo me complaceré en sus glorias y merecimientos. No desoiga más la voz de lo alto: empiece, hija, empiece esa tanda de maceraciones que han de igualarla con Santa Catalina, Santa Clara y la Venerable Emmerich... ¡Ea! Desde mañana libertad para obrar como guste: permiso amplio. ¿Que hábito de estemeña? Pues hábito de estemeña. ¿Que ayuno? Pues al traspaso. ¿Que cilicio? Un rallador debajo del corsé. ¿Que disciplinas? Yo le puedo prestar unas de hambre: las usó mi maestro, el P. Celis, que según opinión piadosa estará en la gloria pidiendo por nosotros...

No supo *Regaladita* discernir si era chungu ó si hablaba formalmente el con-

fesor: y la sospecha de que fuesen delicada burla las palabras del Padre, le acrecentó las ganas de martirio y el propósito de asombrarle, el sábado próximo, con alguna estupenda muestra de santidad.

Lo primero, determinó *Regaladita* desbaratar su gracioso peinado y sustituirlo por una castaña y dos cortinillas. Llamó á la costurera, y quitando los faraloes á un vestido negro de lana, lo dejó liso y propio para la nueva vida devota. Se lo puso, y como aún sintiese tentaciones de mirarse al espejo, se pegó un suave pelizco para acostumbrarse á prescindir del profano mueble. En la comida suprimió el vino, y como trajesen croquetas muy doradas, su plato predilecto, entornó los ojos, y con una constricción del paladar que le llenó la boca de saliva, las rechazó con la mano. Sólo comió del cocido y una miaja de queso. "Esto del queso lo suprimiré mañana. Hay que ir poco á poco", pensó. De noche, al retirarse, tenía determinado rezar de rodillas una hora ú hora y media lo menos. Arrodillóse

al pié de la cama, que la criada dejara entreabierta, y emprendió la tarea con buen ánimo. Los tres primeros dieces del rosario iban como sobre ruedas; al cuarto, la blancura de las sábanas distrajo á *Regaladita*; al quinto, el hueco que esperaba por su humanidad la atrajo como al náutico el remolino; se levantó, se desabrochó la ropa, la dejó resbalar al suelo... y se tendió á la larga, subiendo hasta la barbilla la colcha y el edredón, y suspirando voluptuosamente... Aquella noche hacía un frío siberiano.

A la mañana se despertó soñolienta, calentita, avergonzada, y más ansiosa que nunca de realizar grandes y heroicas mortificaciones del asnillo. Un incidente casual le sugirió singular idea, penitencia nunca leída en la historia de ninguna santa. Sucedió que la costurera, mujer parlanchina y sencillota, hubo de referir cómo una hermana que tenía, cigarrera por más señas, se había ofrecido, por la salud de un hijo, á visitar á pié el santuario de La Guardia; y no sólo á pié, sino calzando

zapatos llenos de arena... El santuario de La Guardia dista de Marineda dos leguas de áspero camino.

—¡Yo haré más, mucho más!— pensó *Regaladita*.—Ya verá el Padre Incienso lo que es bueno. Perfeccionaré ese rasgo de devoción.

En efecto, el sábado, al postrarse en el conocido rincón de la iglesia de San Efrén, la señora, ufanísima, manifestó á su director que, aparte de varias privaciones y maceraciones ejercitadas en la semana, tenía resuelto oír misa en el santuario de La Guardia el domingo, llegando á él por su pié, y habiendo metido previamente en las botas media docena de garbanzos, con lo cual iría en un potro y castigaría bien sus instintos de deleite y molicie.

—Pues hija—respondió el confesor—me parece un disparate. ¡No dará V. un paso llevando los piés así; se caerá V. redonda! Guíese por mí, y no lo intente siquiera.

—Dios me ayudará—respondió intrépidamente la futura santa.

—Es que se vendrá V. á tierra sin re-

medio. Bonita figura hará tumbada en mitad del camino.

—Y, ¿no puede Dios sostenerme?

—Claro que puede; lo que yo dudo es que quiera.

—Padre, me quita V. la esperanza—murmuró *Regaladita* casi llorando.

—No, hija, no... la esperanza nunca. Le represento á V. los inconvenientes, y le aconsejo desista de su empresa, que me parece temeraria. Es lo único que hago.

—¿Me lo prohíbe V.?

—Tanto como prohibir... no. Si ha hecho V. oferta expresa...

—Oferta hice... y á la Virgen, y con toda formalidad.

—Pues entonces no hay más que decir. Ya me contará V. el sábado cómo llegó á La Guardia... si es que el sábado no está coja, patitiesa, y asistida de médicos.

.....
No estaba coja, sino más lista que nunca el sábado siguiente la confesada del Padre Incienso. Al verla tan ágil, arrodillándose viva y pizpireta, el jesuíta, lleno

de curiosidad, se inclinó, prescindiendo de las acostumbradas fórmulas, y preguntando aprisa, con interés extraordinario.

—¿Qué tal? ¿Qué tal? ¿Fuimos á La Guardia?

—¡Ya lo creo que fui!—contestó la santa futura.

—Y... ¿esos piés?

—Bien... sin novedad... como siempre.

—Y... ¿cumplió V. toda la oferta? ¿Mettió los garbanzos?

—¡Sí por cierto!... ¿No había de meterlos, Padre, cuando la oferta en eso precisamente consistía?

—¡Hija, parece milagro!—exclamó el Padre, sorprendidísimo.

—Padre, milagro no... Porque verá usted...: Yo... Mire V.... ¡No se ría! Como los garbanzos me lastimaban tan horriblemente... que no podía... dar un paso sin desmayarme de dolor... se me ocurrió... cocerlos... y después de cocidos... ya marchó todo... como una seda... ¡como una seda... Padre!



DON FRANCISCO DE QUEVEDO

CON OCASIÓN DE UN LIBRO RECIENTE ¹.

Rectificación.—Las cañas se vuelven lanzas.—Montalbán y la *Perinola*.—El Memorial y el Padre Nuestro glosado.—Prenden á Quevedo.—Primeras impresiones del cautiverio.—San Marcos.—Segundo período.—Job y Boccio.—Salida.—Últimos años.—Temple moral adquirido en la prisión.—Muerte de Olivares.—Últimas horas.

EL autor de la obra que me sugirió la idea de escribir estas páginas, Ernesto Merimée, me suplicaba, no ha mucho, una rectificación justísima: que hiciese constar que la lastimosa opinión relativa á España y su literatura actual, manifestada en la *Introducción* de su libro, no era personal del autor, sino vulgar entre nuestros vecinos, y combatida por Meri-

¹ Véanse los núms. 18 y 19 del NUEVO TEATRO CRÍTICO.